

Prefacio

Este libro es fruto de una larga fascinación por China que comenzó en mis años de colegial en Mánchester con *Poems of the Late T'ang*, de A. C. Graham, uno de esos libros que abren una ventana a un mundo cuya existencia no se había sospechado hasta entonces. Más tarde, como estudiante de posgrado en Oxford, compartir casa con un sinólogo fue otro momento revelador, pues me permitió conocer libros esclarecedores como el *Book of Songs* de Arthur Waley. En aquella época, entre las personalidades más exuberantes que pasaron por nuestra cocina se encontraba David Hawkes, que había estado en la plaza de Tiananmén el 1 de octubre de 1949 cuando se fundó la República Popular, y que, después, había renunciado a su puesto de profesor de chino para traducir «la novela del milenio», *Sueño en el pabellón rojo* (un libro cuya historia se cuenta más adelante, en las páginas 396-413).¹ Desde entonces, mis viajes por China se han extendido a lo largo de cuatro décadas como viajero y locutor; por ejemplo, para grabar el documental *La historia de China*, emitido en todo el mundo; luego, en 2018, para filmar una serie sobre el cuadragésimo aniversario de la «Reforma y Apertura» de Deng Xiaoping, uno de los acontecimientos más importantes de la historia moderna. De manera más reciente, en otoño de 2019, retorné al país oriental para hacer una película sobre Du Fu, el poeta más grande de China. A pesar de que, para entonces, la escritura de este libro estaba ya bastante avanzada, el viaje me proporcionó una nueva oportunidad para reflexionar sobre la amplitud de miras de la cultura china y sus duraderos ideales. Rodamos en Chengdu, donde Du Fu permaneció casi cuatro años desde finales del 759. Hoy en día, la supuesta ubicación de su «cabaña de paja» es uno

de los destinos turísticos más encantadores y populares de China gracias a sus arroyos y jardines ornamentales, rodales de bambú, melocotoneros y ciruelos, y motas amarillas de macasar y jazmín. El visitante podría pensar que sus edificios reconstruidos, pabellones y tiendas de recuerdos pertenecen a un pasado del todo ficticio. Sin embargo, de forma reciente, tras un hallazgo fortuito durante la construcción de una boca de alcantarilla, una excavación en el interior del recinto turístico halló los cimientos de un pequeño monasterio budista de la dinastía Tang con casas y plataformas de ladrillo tal como Du Fu describió. Una inscripción en una tablilla del año 687 menciona incluso «la pequeña torre del abad», y es evidente que es el mismo edificio «al oeste del arroyo» que Du Fu refiere como «la torre del monje Huang». Gracias a la cerámica de la dinastía Tang y la doméstica, las tejas de alero y los ladrillos estampados, el descubrimiento confirma en detalle una tradición transmitida con tenacidad durante más de mil doscientos años. Aunque se destruyó y reconstruyó muchas veces, este era, en efecto, el lugar en cuestión. Hoy en día, no queda nada en la superficie que sea antiguo, pero en China lo que importa no es la estructura física del edificio, sino el sentido del lugar que evoca las historias, canciones y los poemas que se han transmitido durante tanto tiempo entre la gente; las riquezas de lo que Confucio llamó «esta cultura nuestra».²

En cualquier caso, escribir sobre el pasado de China es una tarea de ingentes proporciones, sobre todo si uno no es sinólogo. China es un tema inmenso e increíblemente rico; en realidad, se trata de una materia inagotable: «el otro polo de la mente humana», tal como dijo Simon Leys en un famoso ensayo.³ Su historia es casi inabarcable y cuenta con más de tres milenios de registros escritos: ¡se han escrito pequeñas bibliotecas sobre los temas de cada uno de mis capítulos! Y esa historia crece día a día mediante un flujo constante de nuevos descubrimientos en los últimos años.⁴ Entre los grandes hallazgos textuales recientes que todavía se están evaluando y publicando se encuentran, por ejemplo, extraordinarias colecciones de cartas privadas, códigos de leyes y casos jurídicos que se remontan a las dinastías Qin y Han. Desde el descubrimiento del Ejército de Terracota en la tumba del Pri-

mer Emperador, en 1974, se han hecho muchos otros hallazgos arqueológicos sensacionales, como el extraordinario observatorio astronómico prehistórico de Taosi, y, aunque muchos de ellos aún no se han publicado, he intentado ofrecer informes actualizados en la medida de lo posible: por ejemplo, los excavadores no publicaron hasta 2017 la interpretación preliminar de los fascinantes hallazgos de Shimao, en el primer capítulo del libro. La historia antigua de China, en particular, es un ámbito apasionante y en continua evolución.⁵

En lo que respecta a la forma de este libro, he intentado, igual que un director de cine, no perder la línea principal de la historia a la vez que doy los oportunos rodeos para captar los primeros planos que me permitan centrarme en lugares concretos, en momentos y existencias individuales y en voces altas y bajas. Para las vidas corrientes del principio de la historia, me he servido con generosidad de los nuevos hallazgos, por ejemplo, de las cartas de los soldados del ejército Qin —el verdadero Ejército de Terracota— o de las cartas de las guarniciones Han en atalayas solitarias a lo largo de los salvajes territorios de la Ruta de la Seda, que proporcionan la clase de inmediatez que en Gran Bretaña ofrecen las tablillas de Vindolanda en el muro de Adriano. Durante la dinastía Tang, los monjes budistas de China y la India mantienen correspondencia. Más adelante, conocemos las cartas entre una madre y su hija atrapadas en los horrores de la conquista manchú, el diario de un niño durante la rebelión taiping, los memorandos de leales funcionarios confucianos de aldea durante la decadencia del Último Imperio, así como los diarios y las cartas que cuentan historias de la rebelión de los bóxers, la invasión japonesa y la Revolución Cultural. En todos estos casos, tal como verá el lector, he recurrido con regularidad a «pintar la aldea», pues creo que las líneas maestras de la historia pueden iluminarse con éxito desde la base.

A menudo, me he dejado llevar, casi sin poder evitarlo, por intereses personales. Ello explica mis secciones, a veces prolijas, sobre personas concretas como, por ejemplo, sobre el peregrino budista Xuanzang, cuyo viaje a la India inició uno de los grandes intercambios culturales de la historia; los poetas Du Fu y Li Qingzhao, que vivieron los cataclismos que asolaron a los Tang y

los Song; el «libre y sencillo viajero» Xu Xiake, que vio el declive de los Ming; el novelista más querido de China, el trágico Cao Xueqin, cuya existencia transcurrió durante el esplendor del siglo XVIII, o las electrizantes revolucionarias feministas Qiu Jin y He Zhen en los últimos días del imperio. Sus brillantes y poderosas palabras, llegadas a nosotros gracias a magníficos traductores como Patricia Ebrey, Ronald Egan, Julian Ward, David Hawkes, Dorothy Ko y muchos otros, nos permiten entretejer sus dramáticas historias vitales en el relato de su época.

También he empleado voces de las familias de hoy, que cuentan historias a partir de sus documentos familiares y sus tradiciones orales, y describen su participación en grandes acontecimientos históricos desde la caída de los Yuan hasta la rebelión taiping (el peor conflicto del siglo XIX), hasta la Revolución Cultural de los años sesenta. En mi texto, el lector observará las contribuciones, por ejemplo, de la familia Bao de Tangyue, el clan Xie del condado de Qimén, los Zhao de Fujian, los Feng de Tongcheng, los Zhang de Henan, Fujian y Hunán, así como las de los Qin de Wuxi. Sus historias —registradas en sus preciosos libros familiares impresos en madera y aún transmitidas en la memoria familiar— nos permiten comprender algo del profundo sentimiento de continuidad cultural que todavía perciben tantos chinos, a pesar de los enormes cambios de su época. En el último capítulo, dedicado a los acontecimientos posteriores a la muerte de Mao Zedong, he podido añadir material procedente de entrevistas realizadas en 2018 a participantes en la «Reforma y Apertura» que comenzó hace cuarenta años: antiguos universitarios de Pekín y Shanghái, funcionarios del partido de la industrial Guangzhou o agricultores de las «tierras yermas» de los campos de Anhui, epicentro de los dramáticos acontecimientos de 1978, cuando el pueblo dio la espalda al maoísmo y abrazó el mercado. Espero que el hecho de haber pasado unos meses en 2018, en plena redacción de este libro, trabajando sobre las transformaciones de los últimos cuarenta años y hablando con personas que estuvieron allí haya conferido a mi relato de ese crucial periodo de cambio una inmediatez que solo puede provenir de testigos presenciales.

PREFACIO

También he encontrado agradable ambientar las historias en ubicaciones y paisajes reales con la convicción de que el escenario de la historia es siempre de crucial importancia. Como paisaje habitado, China posee una historia muy profunda. Así lo escribió el poeta Du Fu en el año 757, en medio de los horrores de la rebelión de An Lushan: «el Estado ha sido destruido, pero los ríos y los lagos permanecen»; sobrevive pues el paisaje, el «país» en el sentido primigenio de la palabra. Muchas de las ciudades chinas llevan habitadas entre dos y tres milenios, y sus transformaciones a lo largo del tiempo pueden ayudar a contar la historia. Por ello, también he intentado aferrarme a los lugares en esta narración. Después de considerarlo, no he transigido en el uso liberal de nombres y topónimos al utilizarlos tal como uno se referiría, por ejemplo, a Somerset o Sheffield en un libro sobre Inglaterra. No creo que haya forma de evitarlo; el lector no chino tiene que confiar en el narrador y, pronto, espero, sabrá dónde está Henan y por dónde fluye el río Amarillo (¡y eso es un placer!). Confío en que los preciosos mapas ayuden, ya que muestran la expansión y contracción de la Tierra del Centro casi como un organismo vivo, algo que, en cierto sentido, es; son mapas que no solo muestran los grandes imperios —Tang y Song, Ming y Qing—, sino también los periodos de descomposición y fragmentación que pueden resultar igual de esclarecedores. De la misma manera que comienza la gran novela *Romance de los Tres Reinos*: «Todo lo que está unido se desmorona y todo lo que se desmorona vuelve a unirse. Siempre ha sido así».

Por último, un recordatorio del origen de este libro. La inspiración para *La historia de China* fue una serie documental realizada entre el 2014 y el 2017 para la BBC y la Public Broadcasting Service (PBS), y vista tanto en China como en todo el mundo. Por supuesto, existen grandes escollos para cualquier extranjero, ya sea escritor o cineasta, a la hora de proponerse retratar otra cultura, sobre todo una civilización tan grandiosa como China. Sin embargo, la serie tuvo una cálida acogida entre los espectadores chinos, y la agencia estatal de noticias Xinhua afirmó que habían «trascendido las barreras de la etnia y las creencias y aportado algo inexplicablemente poderoso y conmovedor a la audiencia televi-

siva», lo que me animó a revisar mi material y escribir este relato más extenso. Por supuesto, un libro es una criatura diferente a una obra de divulgación para un público televisivo masivo; permite una narración mucho más «densa» y un compromiso más profundo con los paisajes y las historias. En cualquier caso, sigue siendo una historia apasionante, de fabulosa creatividad, intenso drama y profunda humanidad, y espero que algo de ese brío cinematográfico se refleje en estas páginas. Al fin y al cabo, hay pocos relatos, si es que los hay, tan convincentes, emocionantes e importantes en toda la historia de la humanidad.

Prólogo

Pekín, diciembre de 1899

En el gélido diciembre de 1899,¹ dos días antes del solsticio de invierno, el emperador Guangxu salió de la Ciudad Prohibida por la puerta de Tiananmén a la cabeza de una enorme y colorida procesión.² En un palanquín amarillo, cargado a hombros por dieciséis sirvientes vestidos de escarlata, se le condujo a un carruaje de Estado con cortinas tirado por un elefante cubierto por una gualdrapa. El emperador vestía un traje cortesano amarillo con dragones azules y una sobreveste añil; en la cabeza, lucía un gorro de invierno de marta ribeteado con seda carmesí y rematado con una perla engastada en un pináculo dorado. Los escoltaban unos eunucos montados, que vestían unas magníficas túnicas de seda, y los seguía una escolta de Guardias de Cola de Leopardo, mozos de cuadra del imperio con libreas imperiales de satén granate, portaestandartes en cuyos pendones triangulares figuraba un dragón y jinetes con arcos, carcajes dorados y mantos amarillos. En total, dos mil príncipes, nobles, oficiales, sirvientes, músicos y asistentes se reunieron bajo el cielo azul acerado del crepúsculo invernal.

Escoltado por este brillante séquito, el emperador se dirigió al Templo del Cielo, el gran santuario imperial en el extremo sur de Pekín, a través de la central puerta de Qianmen y cruzando el marmóreo puente del cielo. Se despejaron las casetas y los mendigos, y se alisó la ancha calle con albero para evitar que el carruaje chocara en las travesías heladas y llenas de baches de Pekín. Todo permanecía mudo; no se permitía que nada rompiera el silencio ni profanase los ritos. Incluso el nuevo tranvía eléctrico Siemens

de Pekín —tendido hasta la puerta de Yongdingmen, al sur de la ciudad tártara, solo unos meses antes— se detuvo; sus silbatos y campanas enmudecieron.

Cuando dejó la puerta a sus espaldas, la procesión se adentró en la ciudad china con su laberinto de callejuelas, templos y mercados; enormes cortinas azules protegían las calles secundarias. Se ordenó a la gente que no saliera de sus casas, se cerraron los portales y se advirtió a los extranjeros —que, para entonces, eran una vecindad considerable en número— en la versión inglesa de la *Gaceta de Pekín* que no se acercaran ni observasen la ceremonia. Nadie podía ver al emperador desempeñar su sagrado cometido y mucho menos mirarlo a la cara.³

Su rostro, alargado y pálido, de pómulos prominentes, estaba ya marcado por la nefritis crónica, enfermedad que le diagnosticó su médico francés. Para los occidentales que lo habían visto en público, era un semblante atribulado, abrumado por la insoporrible presión de gobernar, el miedo al fracaso y una apremiante voluntad de beneficiar al pueblo. Su deseo expreso era «hacer que el Imperio volviera a ser rico y poderoso» con la esperanza, tal como él decía, de «si es posible, inaugurar una era gloriosa que eclipse a nuestros antepasados».

Si el emperador decidía reflexionar al respecto —y esta era, sobre todo, una ceremonia para ello—, su dinastía, la Gran Qing, llevaba en el trono desde 1644 y, en ese tiempo, once emperadores manchúes habían restaurado y superado las glorias de las dinastías precedentes. En la cúspide de su prestigio, durante el siglo XVIII, China había sido la primera potencia del mundo, y el reinado de sesenta y un años del emperador Kangxi, uno de los más gloriosos de la historia china. A la muerte, un siglo antes, de su tatarabuelo Qianlong en 1799, el Imperio Qing tenía un poder y un alcance sin igual, que abarcaba Mongolia, el Tíbet y Asia Central, y llegaba hasta las selvas de Vietnam y el norte de Birmania. Además de los chinos han, trescientas tribus y pueblos reconocían al Hijo del Cielo. No obstante, el crecimiento demográfico, los excesivos impuestos, las catástrofes naturales y esa indefinible pérdida del sentimiento de grupo que puede minar incluso a los Estados más pode-

PRÓLOGO

rosos habían carcomido la identidad de la dinastía. En 1842, los británicos derrotaron a la Gran Qing en la primera guerra del Opio y, después, se vio sacudida por los cataclismos de la rebelión taiping, que duró dieciséis años y en la que murieron veinte millones de personas. A partir de la década de 1840, las potencias europeas habían establecido puertos y enclaves en las costas chinas, y habían empezado a socavar los antiguos valores del imperio. La humillación sufrida en la guerra sino-japonesa de 1894 dio al traste con una breve recuperación y, tres años después, Alemania exigió más concesiones, lo que erosionó la ya mermada autoridad de los Qing. La sensación de crisis fue en aumento. En 1898, funcionarios progresistas, periodistas y demócratas, liderados por el reformista Kang Youwei, iniciaron un «Movimiento de Autofortalecimiento», y el joven emperador se puso de su lado. No obstante, los conservadores, liderados por la «emperatriz viuda», sofocaron la Reforma de los Cien Días (11 de junio - 21 de septiembre) y, desde entonces, el emperador se convirtió en prisionero del Estado.

En ese fatídico instante, comenzaron los levantamientos. Entre 1898 y 1899, la hambruna asoló Shandong. Enardecidos por lo que consideraban una provocación extranjera, los desesperados campesinos formaron la llamada «Milicia Unida en Justicia» o la «Sociedad de los Puños Rectos y Armoniosos»: los bóxers. En una espantosa oleada de violencia, atacaron complejos misioneros, saquearon iglesias y masacraron a los chinos conversos al cristianismo. Envalentonados por las simpatías del gobernador de Shandong, a finales de 1899, varios grupos de bóxers se desplazaron hacia el norte, atravesando los empobrecidos y gélidos campos de Shandong y las mugrientas ciudades mineras de Shaanxi para llegar a las afueras de la ciudad imperial. Así que ahora, en el solsticio de invierno, mientras la campiña al sur y el este de Pekín estallaba en rebelión, el antiguo rito que debía ejecutarse en el Altar del Cielo tenía más peso que de costumbre, pues los buenos auspicios eran más necesarios que nunca. Incluso ahora, tal vez, los malos augurios podrían invertirse apelando al antiguo orden del cielo, que había protegido al Estado chino a través de todos sus triunfos y tragedias.

Desde la represión del movimiento reformista de 1898, la emperatriz viuda, Cixi, se había hecho con el poder y había puesto a su sobrino, el emperador, bajo arresto domiciliario. La emperatriz —de sesenta y cuatro años, caprichosa, de formidable inteligencia y aún en plenas facultades— también estaba conmocionada: «La situación es peligrosa —confesó— y las potencias extranjeras nos miran como tigres acechando a su presa, ansiosos todos por forzar su entrada en nuestro país».⁴ Sin embargo, las grandes ceremonias de Estado debían continuar, y ninguna era más importante que esta: los rituales del solsticio de invierno, en que el emperador debe solicitar auspicios en nombre de «Todo Bajo el Cielo», aceptando la peculiar carga de llevar sobre sus hombros los pecados de la nación cuando informase a los antepasados sobre el estado del imperio.

La procesión casi había llegado al extremo sur de la ciudad donde, en el crepúsculo invernal, la muralla exterior daba paso a cultivos, canales y sauces desmochados; una fugaz ventana a una atribulada tierra para el turbado hombre del carruaje dorado. El Hijo del Cielo tenía veintiocho años y se había convertido en emperador a los seis al amparo de la emperatriz Cixi y, después, había recibido una prolija formación según el antiguo plan de estudios confuciano. Había pasado una infancia de privaciones bajo la mirada de su tutor, el frío y austero Weng, en las alegres extensiones de la Ciudad Prohibida con una serie de eunucos bravucones que centraban su mente en las responsabilidades del gobierno.⁵ Su deber, tal como le enseñaron, era «ser recto, magnánimo, honorable y sabio», promover las virtudes confucianas y estudiar a sus antiguos predecesores, buenos y malos, como ejemplos. Ahora, más viejo y quizá más sabio, se hallaba atrapado en una jaula dorada por la acción sus guardianes-prisioneros y por su propio miedo e introversión: «Cuando se nos concedió la prerrogativa de ejercer nuestro mandato en solitario, éramos conscientes de las dificultades del arte de gobernar acentuadas por la crisis de nuestro imperio; de ahí que nuestra mente estuviera llena día y noche con los problemas que nos acosaban por todas partes».

Tras diez años de formación como erudito, aparentaba ser un emperador sabio, pero, en realidad, era un hombre introvertido

y melancólico, propenso a arrebatos repentinos y poco dotado para devolver la riqueza y el poder al imperio. Sus consejeros, reformistas de mentalidad occidental como Kang Youwei y Liang Qichao, habían sido condenados a muerte y huido a Japón, lo que dio al traste con las esperanzas de reforma constitucional del monarca. Tal como dijo la emperatriz viuda, su lema había sido: «Proteger y defender China, no proteger y defender a la dinastía Qing [...]. Y todavía maquinan traiciones desde el extranjero y se hacen pasar por reformistas enfrentados a los conservadores sin saber que nuestro imperio descansa sobre una base sólida, y sus soberanos, que observan reverentemente las reglas de gobierno dispuestas por nuestros antecesores, se asientan sobre cimientos eternos». Al menos en aquel instante, bajo la inmensa cúpula oscurecida del cielo invernal, en el que una pálida luna menguante iniciaba su ascenso, los cimientos aún parecían seguros.

Esa misma mañana del 20 de diciembre, mientras el emperador se preparaba para la ceremonia, la versión inglesa de la *Gaceta de Pekín* publicó un extraordinario relato del último edicto imperial en su sección de «Principales acontecimientos», donde informó sin rodeos de que las palabras de Guangxu eran «lo que el emperador se ha visto obligado a decir». En un farragoso memorial, reconocía los muchos problemas a los que se enfrentaba China y, luego, se deshacía en gratitud hacia la emperatriz viuda: «Ascendimos al trono cuando aún éramos un niño y expresamos nuestra gratitud a la emperatriz viuda por su tierna disposición e inagotable energía al tratar de inculcar los rectos principios en nuestra mente receptiva. Debemos reconocer que esto ha durado casi treinta años».

Al final, la procesión llegó al santuario, en el extremo sur de la ciudad, el recinto trazado entre 1406 y 1420 por el emperador Yongle, constructor de la Ciudad Prohibida. Cerca de la puerta, se alzaba el Templo del Cielo con su soberbia cúpula circular de tres tejados y su pináculo dorado «centelleando como una joya» en la última luz del día. Siguiendo el camino central, llegaron, por fin, al escenario del ritual, el Altar del Cielo, construido por el emperador Jiajing en 1530. Este se alzaba —tal como sigue haciéndolo hoy— en un enorme recinto cuadrangular encerrado entre muros

dentro de un parque repleto de cipreses centenarios. En el centro, había un gran altar de tres pisos abierto al cielo y dedicado al culto del *tian* ('los cielos'). «Radiante en su aislamiento, ningún otro santuario del mundo tiene una concepción más profunda o grandiosa —comentó alguien por aquella época—.⁶ Es uno de los espectáculos más impresionantes que el mundo puede ofrecer». El altar era, y aún es, un enorme círculo de tres escalones de mármol blanco de 140 metros de diámetro dispuesto en el interior de un cuadrado, la antigua imagen del cielo y la tierra en la cosmogonía primigenia: la tierra es cuadrada, y el cielo, redondo. En el lado oeste del patio se encuentra la Sala del Ayuno o «Palacio de la Abstinencia» donde el emperador pasaba la mitad de la noche preparándose para su deber sagrado, «porque la idea —dijo uno de los participantes— es que, si no está lleno de pensamientos piadosos, los espíritus de lo invisible no acudirán al sacrificio».

A las cuatro de la tarde, la pálida luz invernal se desvanece y la línea gris de las montañas al oeste resalta con total claridad. A menudo, nevaba durante el solsticio durante los duros inviernos de la década de 1890. El frío era tan intenso que, tal como dijo uno de los sacerdotes oficiantes a un misionero inglés, «ni siquiera las botas altas y acolchadas y las pieles más gruesas consiguen evitar que un hombre vigoroso se congele hasta el tuétano y, en algunos casos, acabe en la tumba».⁷

Allí, en el gran patio, se preparó el escenario para la emocionante obra teatral que estaba a punto de desarrollarse; los actores y el *atrezo* estaban listos para este intenso acto de teatro imperial. Bajo el altar, se alzaban enormes faroles sobre altos mástiles rojos y los instrumentos musicales descansaban en soportes de dragones entrelazados. Se habían erigido bastidores de madera para transportar el carillón de las campanas de bronce y el conjunto de dieciséis piedras sonoras colgantes de nefrita verde oscura, cuyos sonidos facilitarían la comunicación con el mundo de los espíritus. Los estandartes imperiales se izaron entre los primeros copos de nieve y, en la plataforma más alta, orientada al sur, se dispuso un santuario que representaba el cielo iluminado por cientos de antorchas que proyectaban su resplandor sobre las terrazas tapiadas de escarcha.⁸

PRÓLOGO

En torno al altar, los sacerdotes y los funcionarios de la corte ocupaban sus puestos: los funcionarios de la Junta de Ritos, los encargados de los reclinatorios y los portadores de incienso que debían presentar las ofrendas de carne y vino al emperador en exquisitos cuencos de una porcelana tan blanca como la luna y laca dorada con incrustaciones de oro. Junto al lugar del emperador, en la segunda grada, esperaba el encargado de la ceremonia, listo para supervisar que el rito se ejecutara según lo dispuesto. Abajo, en el patio, brillaba el gran horno preparado para el sacrificio del toro; había también hornos más pequeños para la seda y otras ofrendas. El ritual debía seguir de forma puntillosa el orden que dictaban el *Directorio de culto* y el *Reglamento ilustrado para la parafernalia ceremonial de la corte imperial*, publicados por los manchúes a mediados del siglo anterior.

Tras la puerta cerrada del Palacio de la Abstinencia, caldeada por braseros, el emperador terminaba de orar y meditar hacia medianoche. No hay ninguna pintura ni ninguna fotografía de esta sagrada costumbre, ya que, aunque la emperatriz viuda permitía la entrada de cámaras en su corte y colaboraba con maestría en la puesta en escena de las ceremonias, nunca se permitió a los extranjeros ver estas cosas. No obstante, sabemos lo que ocurría después gracias a los manuales rituales que se conservan y los relatos de los participantes.

A medianoche, empezó la ceremonia. Las flautas, un trino de campanas y un repique de piedras musicales pusieron la música en movimiento. El encargado del ritual dio comienzo al acto, dirigido por el maestro de ceremonias, quien bramó ronco en la oscuridad. En primer lugar, se adoró al cielo; los fuegos de los hornos sacrificiales proyectaban su resplandor sobre las terrazas de mármol pálido y reflejaban los hilos de oro de las vestimentas azules que lucían los mandarinos reunidos en las tres enormes gradas del altar.

Cuando la música comenzó a sonar, el emperador se arrodilló al pie de los escalones de la segunda terraza que conducían a la plataforma superior, cuya piedra circular central era una representación del *axis mundi*, el yang supremo, el centro del universo. Dirigiendo su mirada hacia el norte, veneró la lápida del Señor de

los Cielos situada en el borde septentrional de la terraza superior. Rindió homenaje a los Cinco Fundadores —los reyes primordiales del pasado mítico de China—, así como a los primeros antepasados.

Abajo, sobre los adoquines del patio, la orquesta de la corte imperial, ataviada de rojo, interpretaba un majestuoso concierto de cañas mientras el monarca se inclinaba y postraba. En sus últimos años, el tatarabuelo del emperador, Qianlong, nombró a un príncipe como su adjunto.⁹ Era importante, decía, que todo se hiciera a la perfección, sin errores, y, cuando Qianlong abdicó, adujo que: «Tanto subir y bajar, postrarse y hacer reverencias, agotan: a mis años está fuera de lugar». Después, el emperador colocó un cetro de jade azul ante las tablillas y ofrendó comida y una libación a la tablilla dedicada al cielo. Se arrodilló tres veces y se inclinó nueve veces, y ofreció doce prendas de la seda más exquisita. A continuación, se procedió al sacrificio del holocausto: un buey «de un solo color, sin defecto ni mancha», limpio y preparado para quemarse en el horno. A la llamada del mayordomo, dos horas antes del amanecer, el emperador y los dignatarios de la corte se inclinaban y prosternaban una vez más, y se elevaba una plegaria a las fuerzas divinizadas de la naturaleza. Entonces, cesó la música y todo enmudeció. El emperador habló:

El emperador de la ilustre dinastía, la Gran Qing, ha dispuesto esta proclama para informar a los espíritus del sol, los espíritus de la luna y los planetas, las constelaciones del zodiaco y todas las estrellas del cielo, las nubes de lluvia, viento y trueno, los espíritus de las cinco grandes montañas sagradas, los espíritus de los cuatro mares y los cuatro grandes ríos; las inteligencias que tienen deberes asignados en la tierra; todos los espíritus celestiales bajo el cielo, los espíritus que presiden el presente año [...] os pedimos en nuestro nombre que ejerzáis vuestro poder espiritual y despleguéis vuestros más denodados esfuerzos para comunicar nuestro pobre deseo a Shang Di, el Señor de los Cielos, y le roguéis que nos conceda graciosamente su estima y beneplácito, y que se complazca con lo que de forma reverente presentaremos [...].

PRÓLOGO

Los antecedentes de este bello y arcaico ritual —los conjuros, los holocaustos y los sacrificios bovinos— se remontaban más de tres mil años atrás a las ceremonias descritas en las adivinaciones de huesos oraculares de la Edad del Bronce.¹⁰ Todo el espléndido espectáculo pretendía expresar la relación que la tradición china establecía entre humanidad, cielo, cosmos y tierra. Cuando el sol está en su punto más débil y la meteorología es más rigurosa, cuando la vida se encuentra congelada por el frío, es momento de que los seres humanos recen por la renovación, las buenas cosechas y la tierra fértil. A lo largo de la historia china, estas creencias primordiales se ligaron a los auspicios de la dinastía. China rendía así sus cuentas a los antepasados en una especie de debate del estado de la nación. Por otro lado, la división entre los gobernantes y el pueblo se encontraba en el núcleo del ritual, tal como demuestra la exclusividad de la ceremonia —oculta de miradas indiscretas—, que reforzaba una jerarquía en la que el sabio gobernante regía las vidas del pueblo llano y mediaba por él ante los poderes del cosmos.

Así pues, el ritual encerraba una verdad mayor que llegaba al corazón mismo de las creencias de la civilización china. Cuando empleaba ciertas palabras, por ejemplo, cielo (*tian*), «el Camino» (*dao*) o monarca (*wang*), el emperador encarnaba las ideas chinas sobre el orden y el gobierno que se habían desarrollado desde el cuarto milenio antes de Cristo y que aún persistían en su tiempo, a pesar de la rápida y repentina incursión de la modernidad occidental. Así, una antigua noción del cielo lo conceptualizaba como la deidad suprema que supervisaba los asuntos humanos, pero también la realidad cósmica última, las imparciales leyes del universo. El «Camino» hacía referencia a los principios supremos que preservaban el cosmos en equilibrio y que los sabios consejeros tenían el deber de comprender y seguir. Estas corrientes confluían en la persona del monarca, líder político supremo, encarnación de la sabiduría, sin la cual la sociedad se vendría abajo. Esta persona, frágil e insegura, es ahora el centro de todas estas manifestaciones.

El emperador se arrodilló de nuevo tres veces, hizo nueve reverencias y se dirigió al horno alimentado por leña. Allí, todas

las ofrendas, los objetos ceremoniales, los pergaminos de seda y las oraciones en papel se introdujeron con respeto en su interior para quemarse, de modo que «junto con nuestras sinceras oraciones, puedan ascender en llameantes ráfagas hasta el lejano azul». Mientras «la música brotaba del conjunto de Xiping», el monarca observó en silencio cómo las plegarias se enroscaban y consumían. Al final, se giró con la intención de partir.

Quedaban solo las brasas y caían algunos copos de nieve cuando el amanecer se atisbó en el horizonte tras los oscuros cipreses. El emperador subió a su carruaje y regresó a la Ciudad Prohibida; allí, la puerta se cerró tras él y lo devolvió a su arresto domiciliario. El cielo había escuchado, eso era casi seguro. Sin embargo, durante los días siguientes, mientras los europeos del Barrio de las Delegaciones de Pekín pasaban unas angustiosas Navidades, la revuelta en el campo escalaba. En los últimos días de 1899, llegaron más noticias sobre el asesinato de chinos conversos al cristianismo y el saqueo de iglesias a medida que los bóxers se acercaban a la capital. El 31 de diciembre, los bóxers de Shandong capturaron al reverendo Sidney Brooks, de la Sociedad Misionera de la Iglesia de Inglaterra, lo hicieron desfilar con un cepo de madera alrededor del cuello y luego lo decapitaron. Fue la primera víctima extranjera del levantamiento.

Pocos días después, la emperatriz viuda, presionada por los conservadores de su ministerio, cambió de opinión sobre los bóxers y promulgó un edicto que, según la opinión general, respaldaba a los bóxers y su lema «Apoya a los Qing, aniquila a los extranjeros».¹¹ En las afueras de Pekín y Tianjin, bandas de bóxers destrozaban las vías férreas, cortaban los cables del telégrafo y quemaban las casas de los foráneos.

Cartas horrorizadas procedentes de los vecindarios de expatriados referían un país «infestado de holgazanes hambrientos, descontentos y sin esperanza».¹² En primavera, los comandantes navales aliados empezaron a atacar los fuertes chinos de la costa, y a Europa llegaron misivas urgentes en las que se solicitaban refuerzos armados. Al final, el 21 de junio, la emperatriz viuda declaró la guerra a las ocho potencias extranjeras y huyó de la capital. Los bóxers asediaron durante cincuenta y cinco días el ba-

rrio de la delegación extranjera, lo que proporcionó abundantes artículos sobre el heroísmo europeo y lo que consideraban brutales actos orientales de irracional salvajismo contra el «mundo civilizado» a la prensa occidental.

Había, pues, entrado el nuevo siglo —al menos, en el calendario occidental—, y parecía que China podría quedar desmembrada como otras partes del mundo, ser dividida entre potencias extranjeras o desgajarse en estados regionales como ocurrió en el siglo x durante las Cinco Dinastías o al final de la era Yuan, la de los mongoles. En mayo de 1900, las fuerzas de las Ocho Naciones ocuparon Pekín, y el recinto sagrado del Templo del Cielo, ocupado por tropas estadounidenses, se convirtió en el momentáneo cuartel general de la alianza. Se profanaron el templo y el gran altar, se pintarrajearon los edificios, se pisotearon los jardines y se talaron los cipreses para leña. En las tiendas, se saquéó la parafernalia ritual y se destrozaron los instrumentos musicales.

El ritual del solsticio de 1899 acabó siendo la última ceremonia de su clase. En 1914, tras el fin del imperio, con la esperanza de reforzar sus aspiraciones presidenciales, el señor de la guerra Yuan Shikai pretendió revivir el ritual en un vano intento de conjurar a los espíritus, incluso «ayudado por un cinematógrafo», pero, para entonces, lo que se celebraba era una mera representación de disfraces. El significado de aquellas arcaicas acciones, palabras y música se había desvanecido con dramática brusquedad.

A partir de entonces, se sucedieron los sobresaltos. La revolución de 1911 supuso el fin del imperio después de más de dos mil años y la fundación de una república que, en su breve vida, no conoció la paz. Entre las revueltas campesinas, la invasión japonesa, la guerra civil y la revolución comunista, el siglo xx fue una época traumática para China que desembocó en las catástrofes de la Gran Hambruna y la Revolución Cultural de los años sesenta. En los tiempos modernos, ninguna nación ha sufrido tanto.

Todos estos acontecimientos formaron parte de los casi dos siglos de turbulencias que siguieron a la primera guerra del Opio, de la que ha surgido la China actual. No obstante, fueron tan solo las últimas de una serie de violentas conmociones que se han sucedido a lo largo de la historia del país oriental. La historia de

China, desde la Edad del Bronce, es la historia del ascenso y la caída de muchas dinastías a través de las cuales ha pervivido con tenacidad la idea de un único Estado unificado, respaldado por un antiguo modelo de poder político que persiste en nuestros días. Tal como veremos, el ideal de una burocracia centralizada y autoritaria gobernada por el emperador-sabio y sus ministros y eruditos permaneció arraigado en la psique de la cultura china incluso después del final del imperio.

Tras la revolución comunista, el Altar del Cielo, ese símbolo etéreo de la civilización china, se utilizó durante un breve periodo de tiempo como vertedero municipal, despojado, al final, o eso parecía, de la última gota de su poder numinoso. En la actualidad, gracias a su restauración, es un monumento público abierto al cielo y rodeado otra vez por cipreses. Quizá, en él, los visitantes aún puedan rozar la cosmovisión de los antiguos en un amanecer de invierno. La ceremonia que tuvo lugar en 1899, cuando dos mil doscientos años de Imperio chino estaban a punto de llegar a su fin, parece ahora una parábola, un acontecimiento que sintetiza el drama de todo lo que había acontecido hasta entonces y de las preguntas que vendrían después. ¿Qué ocurre cuando una gran civilización antigua, con la mayor población del mundo, se desmorona en gigantescos y traumáticos espasmos de violencia? ¿Cómo debería modernizarse? De hecho, ¿qué significa *modernidad*? No existen paralelos en la historia para un ciclo de cambio tan tremendo y trascendental. Ahora, en el siglo XXI, cuando volvemos a contar esta asombrosa historia, podemos también preguntarnos cuáles fueron las ideas motrices de esta civilización y qué relación tiene la China de hoy con ese pasado. ¿Sigue influyendo ese pasado en el presente de China? ¿Cómo seguirá configurando ese bagaje histórico el futuro de China en las próximas décadas cruciales, que determinarán el destino de nuestro planeta y en las que China habrá de desempeñar un papel clave?